

rígir todos sus ejércitos contra este peligroso enemigo, en vista de que un ejército alemán mandado por el obispo Alejandro de Dorpat había sido, si no derrotado por completo, notablemente debilitado en la sangrienta batalla de 18 de febrero de 1268. En este combate pereció el obispo, y el grueso del ejército debió su salvación a la heroica defensa del puente del torrente Kehola, que sostuvieron ochenta alemanes contra cinco mil rusos. Entonces el maestre se dirigió contra Rusia, destruyó á Ysborsk, incendió la ciudad de Pleskau y puso cerco á la fortaleza; pero sabiendo que al auxilio de ésta acudía un ejército nowgorode, firmó un armisticio, al cual siguió, despues de muchas y largas negociaciones, la paz definitiva, concertada en la primavera de 1270.

Entretanto, habiendo cesado en la nuevamente pagana



Sello de majestad de Federico de Haseldorpe, obispo de Dorpat (tamaño del original).

En el campo, el obispo de pie sobre una repisa, sosteniendo con la mano izquierda el báculo y con la derecha la cruz. Inscripción: FRIDERICVS DEI GRA (Gracia) TARBATENSIS EPC: (Episcopus). - De un documento de 15 de diciembre de 1284, en la colección de Toll.

Lituania los desórdenes interiores producidos por las luchas de sucesión al trono, emprendieron los lituanos una campaña de rapiña contra Oesel, para lo cual atravesaron la helada superficie del Báltico. Cuando los expedicionarios se retiraban salieron al encuentro el maestre con un ejército reunido á toda prisa, trabándose en 16 de febrero de 1271, sobre el hielo, una batalla que la orden perdió por causa del ímpetu con que antes de tiempo atacaron los caballeros. Oton de Lutterberg, cincuenta y dos caballeros, seiscientos alemanes y un número extraordinario de indígenas quedaron en el campo de batalla. En aquel mismo año fué muerto en batalla campal por los vencedores lituanos el vice-maestre Andrés, sucesor de Oton, con veinte hermanos. Durante el período que medió entre 1271 y 1297, en que estalló la lucha entre la orden y la ciudad de Riga, sucedieron en Livonia ocho maestres, de los cuales Ernesto de Rassburg falleció en 1279 en la lucha contra los lituanos; Gerardo de Katzenellenbogen murió siendo prisionero de éstos; Willeken de Endorp sucumbió en 26 de marzo de 1287 á manos de los semigalos, y Bruno perdió la vida en la contienda contra Riga y contra los lituanos, aliados de ésta. Si retrocedemos hasta el año 1260, veremos que en este intervalo perecieron siete maestros víctimas de los paganos. No nos es dado entrar en detalles acerca de todas estas guerras, pudiendo tan solo decir que fué una verdadera lucha por la existencia

la que hubo de sostener la colonia y que Livonia, á pesar de las innumerables pérdidas en ella sufridas, no solo reconquistó en definitiva los territorios perdidos sino que tuvo todavía fuerzas para consolidar su dominio por medio de la construcción de nuevas fortalezas. Semigalia fué completamente sojuzgada en 1290, y contra Lituania se construyó una serie de líneas de defensa que si no podía impedir por completo las incursiones y los ataques, por lo menos los reducía á su mínima expresión. El maestre Conrado de Mandern había construido en 1266 el castillo de Mitau, en el Aa semigalo, y reedificado á Pernau, que, como hemos visto, había sido reducida á cenizas; además se construyeron en Curlandia en 1273 Dunaburg y en 1283 y 1286 respectivamente los castillos de Wolmar y de Heiligenberg. También fueron reedificados los castillos fronterizos que los curios habían reducido á cenizas.

Es indudable que la orden mostró una abnegación y una energía á las cuales debió Livonia su salvación, y si á los triunfos militares no correspondieron la prosperidad y el robustecimiento en el interior, culpa fué del funesto antagonismo que precisamente entonces estalló entre el arzobispo y la orden y en el que muy pronto se vió envuelta toda la Livonia.

CAPITULO V

LUCHA CON EL ARZOBISPO Y SUJECION DE RIGA POR LA ORDEN TEUTÓNICA

Al lado de la orden y de los señores espirituales con sus feudatarios y sus vasallos de la clase labradora, á los que se designaba con la calificación genérica de «no alemanes,» habíase ido desenvolviendo en las ciudades de la colonia livonia una clase media dotada de vigorosa vida, á la cual hasta ahora solo hemos dedicado una atención secundaria. En la época de que hablamos, las únicas ciudades importantes eran: Reval, que estaba todavía bajo la dominación danesa; la ciudad episcopal de Dorpat y Riga, residencia del arzobispo y del maestre de la orden. Fuera de ellas únicamente merecen ser mencionadas las grandes colonizaciones que en Pernau y Wenden se extendían junto á los castillos de la orden y en Hapsal junto á la catedral, por mas que sea de todo punto indudable que todos los demás fuertes de la orden servían asimismo de amparo á una porción de personas que se agrupaban á su alrededor buscando el amparo de sus murallas. Pero la verdadera vida municipal solo existía entonces en los tres primeros lugares citados, que eran al propio tiempo los centros del comercio livonio que florecía rápidamente.

La ciudad de Reval parece haberse formado entre los años 1227 y 1228 y haber recibido el derecho municipal antes de finalizar la siguiente década. En un principio obtuvo el derecho de Riga; pero en 1248 el rey Erico Plogpennig le concedió el derecho Lubekense, de modo que su vida municipal se desenvolvió bajo la norma de Lubek. A pesar de la dominación danesa la ciudad era completamente alemana, y su puerto, seguro y bien situado, permitía que continuamente se refrescara la sangre de sus venas con la que le enviaba la madre patria. Un extenso distrito municipal y una administración perfectamente organizada, unas murallas sólidas y un vigoroso civismo aseguraban á la ciudad un florecimiento rápido, mientras que su pertenencia al Estado danés la mantuvo alejada de los desórdenes que á fines del siglo XIII y principios del XIV promovieron en el resto de Livonia una terrible crisis.

Dorpat, como ciudad alemana, data de principios de 1230:

respecto de sus primeros tiempos carecemos de datos precisos, y solo en 1248 encontramos en ella un preboste municipal llamado Enrique. En cambio no cabe duda alguna de que esta ciudad, residencia de un obispo y plaza mercantil la mas importante, se extendió rápidamente por el gran camino que conducía á Pleskau.

De todas maneras estas dos ciudades en primer lugar citadas no podían en modo alguno ser comparadas, desde el punto de vista de la fuerza interna, con Riga, que las adelantaba en todo por lo menos en una generación y que con razón era la capital y el centro de la colonia. Así como Reval y Dorpat merecían por su condición especial ser incluidas en la esfera de un desarrollo provincial, Riga se veía envuelta en todas las cuestiones importantes, y el sentimiento municipal de sus habitantes alcanzaba en ella su mas alta expresión. El emperador Federico II otorgó en su cédula de 1.º de diciembre de 1225 al obispo Alberto la facultad de conceder á su metrópoli el derecho municipal: gracias á la actividad del prelado y del legado Guillermo de Módena comenzó á practicarse, como hemos visto, en el curso del siguiente año en Riga el derecho gótico, creándose definitivamente el distrito municipal é instituyéndose el Consejo. Como primeros burgomaestres encontramos á T. de Berewich y á Juan de Hornhusen. El señor del territorio era el obispo, que tenía su residencia en la ciudad y que sin ponerse en pugna con ésta ejercía sus derechos de soberanía espirituales y temporales. La orden, cuyo maestre residía entonces también en Riga, dejaba sentir asimismo por su parte su influencia, que, entre otras cosas, se manifestaba en tiempo de los hermanos de la Espada en el hecho de ser éstos considerados como ciudadanos de Riga y de tener dos de ellos derecho para formar parte del consejo de la ciudad. El fuerte de San Jorge, residencia del maestre, estaba situado dentro de los muros de Riga, y por la situación del maestre, como general en jefe de todas las fuerzas militares del país, en las expediciones guerreras contra los paganos le estaban sometidos los ciudadanos de Riga.

No sabemos con seguridad cómo se arreglaron las cosas cuando la orden teutónica reemplazó en Livonia á la de los hermanos de la Espada; pero teniendo en cuenta ciertos indicios puede venirse en conocimiento de que el espíritu militar que en la orden teutónica imperaba era un obstáculo para el desarrollo cada día mayor del comercio de aquella rica ciudad. Hay además que tomar en consideración el sentimiento que de su propio valer tenía Riga, que estaba convencida de haber contribuido poderosamente á la conquista y conservación de Livonia y á la que, en virtud de la decisión dictada en 11 de abril de 1226 por el legado Guillermo, se le aseguraba la tercera parte de las conquistas que en lo sucesivo se hicieran en el país. En efecto, en 1231 sus consejeros habían recibido la tercera parte de Oesel, Curlandia y Semigalia. Este estado de cosas duró, sin embargo, muy poco tiempo, pues unas veces sin indemnización alguna, otras á cambio de la enfeudación de algunos ciudadanos con cuantiosos bienes, tuvo en definitiva que renunciar á sus feudos en el año que precedió á la desastrosa batalla que acabó con la orden, pues si bien Riga durante muchas generaciones no dejó que prescribieran sus derechos, lo cierto es que sus pretensiones carecieron de importancia práctica. La situación de la ciudad debía verse seriamente comprometida en cuanto la orden y el arzobispo llegaran á un acuerdo. En tiempo de Alberto Suerbeer estalló el antagonismo que, aunque en estado latente, existía de muy antiguo entre las dos principales potencias de Livonia. El arzobispo, además de la posición en que como pastor supremo se encontraba respecto de los obispos, y aun prescindiendo de sus relaciones con

Riga, reunía en sus manos un poder real considerable: una nobleza avezada á la guerra había recibido feudos de él, cuyas posesiones estaban protegidas por un anillo de fortalezas. En Livonia pertenecíanle, exclusivamente, Treiden, Lennewarden, Uexkull, Ronneburgo, Dahlen, Kirchholm, Kokenhusen, Seswegen y Luban, y además el fuerte de Gerzike con todas sus dependencias, y en Semigalia Uppemele, Tollowe y Selburg. Además de esto contaba con las armas espirituales del entredicho y de la excomunión. Únicamente en un caso de peligro inminente de muerte era permitido absolver á una persona excomulgada por el arzobispo, y cualquiera que atentara á los derechos de la iglesia arzobispal ó menoscabara sus territorios perdía, despues de tres amonestaciones, todas sus dignidades é incurria en la excomunión de la Iglesia.

Pero en todas estas disposiciones había el apéndice de: «sin perjuicio de los derechos de nuestros amados hijos, el maestre y los hermanos de la orden teutónica.»

La causa del antagonismo irreconciliable que entre la orden y el arzobispo existía era el afán que una y otro tenían por lograr la soberanía de toda la Livonia, y la circunstancia de que ninguna de las dos partes consiguiera reducir por completo á la otra fué el origen de todas las calamidades que durante la Edad media se cernieron sobre este país.

No nos es posible seguir los primeros pasos de la lucha entre el arzobispo y la orden: ésta procuró varias veces llegar á un arreglo de todas las diferencias; mas lo peor de todo era que el arzobispo descuidaba su deber de predicar la cruzada á pesar de que era sumamente necesaria despues de las grandes pérdidas sufridas por la orden, la cual le acusó de que mediante algunas sumas de dinero había relevado á los peregrinos de los votos hechos de pelear contra los infieles, y se vengó de tamaños agravios usurpando sin consideración alguna las atribuciones del clero, el cual á su vez contestó con la excomunión. Cuando el Papa quiso poner coto á este abuso del poder episcopal, disponiendo que sin la aprobación pontificia no se pudiera lanzar la excomunión ni el entredicho contra los miembros de la orden teutónica, fueron excomulgados los panaderos y los molineros de ésta, alcanzando también el anatema, á pesar de la prohibición pontificia, á los hermanos que con ellos trataran. Era ésta una medida igual á la que ya anteriormente se había dictado contra los cluniacenses: y la reproducción de la bula publicada para amparar á estos últimos puso coto á las extralimitaciones del arzobispo y de los obispos de Livonia. Una acusación formulada contra la orden y enviada á Roma no produjo ningún resultado, pues aquella encontró defensores cuya veracidad no podía ponerse en duda y de esta suerte se libró del peligro que la amenazaba.

La orden, sin embargo, no había obtenido ventaja alguna: las grandes pérdidas que en sus luchas contra los infieles había sufrido movieron al Papa á concederle un privilegio que, como con razón se ha dicho, debía acabar con su moralidad. En virtud de este privilegio, toda persona excomulgada quedaba libre de la excomunión entrando en la orden, y cualquiera que antes de ingresar en ella hubiese robado, incendiado ó prestado con usura, podía ser absuelto por los hermanos sacerdotes. El que llegaba á ser hermano de la orden por medio de simonía no sufría mas castigo que verse relegado al último puesto en las asambleas de la orden; y aun cuando todo esto se refiriera directamente solo á la parte prusiana, es indudable que también vino á desempeñar un papel importante en Livonia, que todavía estaba en mas directas relaciones con Suerbeer. En los primeros años del arzobispo sucedieron sin interrupción los rompimientos y los acuerdos transitorios hasta que en 1268 ocurrió una catástrofe que

arroja un rayo de luz especial sobre el antagonismo de los dos partidos, que había llegado á un estado de tirantez verdaderamente intolerable. Oton de Lutterberg, en aquella sazón maestre de Livonia, era un hombre bondadoso y conciliador, á quien la crónica livonia rimada denomina *suneman*, es decir, pacificador. Como tal se nos presenta también en los documentos que de él se han conservado, y sin embargo vióse impulsado á adoptar una medida violenta contra el arzobispo Alberto.

El curso de esta cuestión, que nunca ha podido ser aclarada por completo, parece que fué el siguiente. Cuando un obispo no podía por cualquier causa regir su diócesis, solía algunas veces confiar al maestre de la orden su administración provisional en lo tocante á los asuntos temporales. El arzobispo Alberto, por el contrario, parecía haber concebido el proyecto de confiar, á pretexto de una representación temporal, á un príncipe extranjero un patronato permanente para de esta suerte crear á la orden un enemigo más poderoso que



Sello del comendador de Wenden (tamaño del original).

En el campo, Santa Catalina, de cuerpo entero y coronada, llevando en la mano derecha una palma y en la izquierda un libro. Inscrípion: (Stigillum) COMMENDATORIS D(e) WENDA †. — En un documento de 27 de agosto de 1271, en la Biblioteca pública de San Petersburgo. Colección de Toll.

ella. A este fin dirigióse al conde Gunzel, hijo de aquel Enrique de Schwerin que en otro tiempo había hecho prisionero á Waldemaro. Escasos son los datos que acerca de este personaje poseemos: teníasele por un caballero valeroso que en su pequeña corte cultivaba la poesía, á la cual era muy aficionado, pero que hasta entonces había sido poco afortunado en sus empresas guerreras. En 1267 le encontramos en Riga y en 21 de diciembre de aquel año el arzobispo, por consejo de su cabildo, le nombró administrador, defensor y consejero de la archidiócesis y de todos sus territorios, castillos, gente y vasallos, y al propio tiempo patrono contra los bárbaros y contra cualesquiera otros enemigos. A cambio de esto, el conde no se obligó más que á pagar al arzobispo una determinada cantidad anual, mediante la cual podía disponer á su antojo y para el mayor bien de la Iglesia de todas las rentas del arzobispado.

Nunca se llamará bastante la atención sobre lo inaudito de este tratado, en virtud del cual el arzobispo se entregaba formalmente á todo el poder temporal de su defensor sin tener garantía alguna de que éste usaría de la autoridad que en sus manos se ponía en verdadero provecho de la archidiócesis y no en provecho suyo exclusivo.

La situación que á Gunzel se había concedido era el objeto de todos los deseos de la orden, en contra de la cual iba dirigido precisamente este arreglo. La expresión «otros enemigos» solo á los hermanos de la orden podía referirse, y al arzobispo le parecían buenos todos los medios para causarles daño. Por fortuna para ellos los planes de Alberto encontraron toda clase de obstáculos. La traslación de Gunzel no po-

día realizarse en seguida, amén de que se tenía la convicción de que el conde daría garantías para la devolución de la archidiócesis, cosa que él no podía hacer con la premura con que ambas partes hubieran deseado. Por lo demás, el asunto no parecía apremiante, pues hacia poco que el maestre había firmado con el arzobispo un convenio y se encontraba precisamente entonces luchando con los rusos. A su regreso á Riga tuvo, al parecer, noticia de aquel tratado, á pesar del sigilo con que se había pactado; y en tales circunstancias, toda vacilación hubiera sido una falta imperdonable; únicamente una acción rápida podía destruir el peligro que amenazaba. El maestre Oton puso, en efecto, manos á la obra.

Cuando menos lo esperaba el arzobispo, los hermanos de la orden penetraron de repente en la capilla de San Miguel, situada en el centro del palacio arzobispal de Riga, y apoderándose del sorprendido prelado se lo llevaron al castillo de San Jorge, donde descansó corto rato, durante el mediodía, siendo inmediatamente conducido por el distrito de Segewold al castillo de Wenden. El obispo, envuelto en una capa y acompañado por solos dos caballeros tuvo que hacer á caballo tan molesta jornada, durante la cual le asaltaron los más tristes pensamientos. Con él fueron presos también el preboste capitular Juan de Vechte y un canónigo, que después falleció en su prisión.

Poco después de este suceso volvemos á encontrar al arzobispo en Riga: ya no se hablaba de Gunzel, y Alberto Suerbeer siguió viviendo en tranquila paz con la orden. Lo que no ha llegado hasta nosotros son los datos relativos al acuerdo que debió de pactarse y á los medios por los cuales pudieron evitarse las recriminaciones del indignado prelado.

Dos años después de estos acontecimientos murió el maestre Oton como un héroe, en el campo de batalla, y su sucesor, el maestre Walter, vivió en buena armonía con Alberto. Después de sojuzgados los semigalos, ambos fijaron de común acuerdo los deberes de los recientemente sometidos y en un documento que todavía se conserva, Walter llama al arzobispo «nuestro venerable padre y señor.» Esta es la última vez que la orden llama al arzobispo su señor. Un documento en que el maestre decide una contienda surgida entre el arzobispo y la ciudad de Riga y en el que, después de más de veinte años, es designado nuevamente Alberto como legado pontificio, constituye el último dato que acerca de éste poseemos. A fines de 1272 ó á principios de 1273 falleció el primer arzobispo de Riga, cuyos restos fueron enterrados debajo del altar mayor de la catedral.

Sus dos inmediatos sucesores mantuvieron medianamente la paz, pero la lucha estalló de nuevo en tiempo del cuarto arzobispo Juan III, conde de Schwerin, que había sido elegido en 1295. Antes, sin embargo, de hablar de esto hemos de consignar dos sucesos que tuvieron gran importancia para el curso de los acontecimientos. En 23 de noviembre de 1274 el rey Rodolfo de Habsburgo concedió á la orden la jurisdicción temporal en la ciudad de Riga; pero como la orden se encontraba á la sazón muy ocupada en la guerra contra Lituania, no se tuvo en la práctica noticia alguna de esta concesión, en principio tan importante, y los arzobispos continuaron en el ejercicio de sus derechos de soberanía sobre Riga. De todos modos, la ciudad apeló, según parece, del mandato del rey ante el Papa, pues en 1292 encontramos todavía en la corte pontificia á un síndico de Riga. Quizás se relaciona también con esto el hecho de que en 8 de setiembre de 1282 entrara esta ciudad en la Liga anseática, pues en aquellos tiempos críticos podía ser un excelente punto de apoyo el pertenecer á la confederación de las ciudades del Báltico. De todas maneras, vemos que á poco de haber estallado la lucha el amenazado municipio de Riga

dió el primer paso enviando un memorial á la ciudad de Lubek.

El motivo aparente de la catástrofe que hacia tanto tiempo venía preparándose fué el siguiente:

El arzobispo Juan III, que se había roto la tibia en 1297, emprendió un viaje á Flandes en busca de auxilios médicos y confió durante su ausencia la administración de los territorios arzobispales al vice-maestre de la orden teutónica, Bruno, al paso que dejó que en aquel intervalo la ciudad de Riga se gobernara por medio de su preboste y de su consejo. El Memorial de Riga, que no reproduce por completo los acontecimientos, refiere que la ciudad, deseando construir un dique contra el peligroso movimiento de los hielos en el Duna y á fin de facilitar el acarreo de los materiales, echó un puente sobre el Rigebach, en el cual el mayordomo comendador de Riga causó grandes averías con el propósito de destruirlo. El consejo se quejó de ello al vice-maestre, pero sus quejas dieron por resultado que este dignatario derogase todas las libertades y todos los derechos que tenía la ciudad en los territorios de la orden y anunciara que confiscaría las propiedades de Riga situadas en sus caminos y en sus comarcas si no se quitaba el referido puente, amenazando para el caso de incumplimiento de su mandato con derribarlo él mismo, aunque de ello hubiera de resultar la completa ruina de la orden. A duras penas pudo conseguirse un armisticio hasta el 15 de junio; pero en cuanto hubo transcurrido este plazo la orden aumentó la guarnición que tenía en San Jorge hasta 500 hombres y mandó acumular allí piedras y otros materiales de guerra y construir nuevas fortificaciones contra la ciudad. Muy pronto se rompieron las hostilidades, á pesar de la nueva embajada que se envió al vice-maestre. En un principio la orden consiguió algunas victorias, pero poco después la ciudad, no sin sufrir grandes pérdidas, logró apoderarse del castillo de San Jorge. Durante la lucha estalló en 20 de julio un incendio que en una noche destruyó la mayor parte de Riga. Por fin el regreso del arzobispo parecía que había de restablecer la paz, y en efecto pudo el prelado primero concertar un armisticio hasta el 29 de setiembre y luego conseguir que se le eligiera árbitro en la contienda. Auxiliado por el obispo Conrado de Oesel, por el abad de Dunamunde, por los prebostes de Riga y de Dorpat y por delegados de la orden y de la ciudad, resolvió, después de largos y difíciles debates, que Riga pudiese reconstruir el destruido puente, pero que en lo sucesivo no pudiera sin consentimiento del cabildo catedral y de la orden construir nuevos molinos y empalizadas de pesca.

Esta decisión no aludía para nada al verdadero fondo de la cuestión, que era la pretensión de la orden de ejercer una co-soberanía en la ciudad, pero es indudable que desde luego hizo la orden sus preparativos para conseguir una situación dominante, no solo en Riga, sino en toda la Livonia. Sabemos que logró atraer á su causa al preboste capitular de Oesel, que comenzaba á ocuparse en grande escala en negocios mercantiles, y que en Riga reinaba gran indignación. Estas y otras cosas — quizás la tentativa de apoderarse de la jurisdicción temporal de Riga — aumentaron de tal suerte el odio que mutuamente se profesaban aquellas dos entidades, que era inevitable una nueva catástrofe. Esta vez la agresión partió de Riga, cuyos habitantes incendiaron durante la noche de San Miguel las caballerizas de la orden, saquearon y destruyeron las posesiones que ésta tenía junto á la ciudad y al día siguiente convirtieron en montones de ruinas la residencia de San Jorge y la iglesia de la orden. No contentos con esto, y como si quisieran hacer imposible toda conciliación, se apoderaron del comendador mayordomo y de sesenta hermanos y les hicieron decapitar.

Estos actos de barbarie trajeron como consecuencia una sangrienta guerra civil. Los mensajeros anseáticos no consiguieron extinguir el incendio; el arzobispo y los obispos de Oesel y de Dorpat formaron una alianza con Riga y al propio tiempo con Dinamarca, que á cambio de la cesión de Semigalia y de dos provincias contiguas se obligó á volar con sus tropas estonias al auxilio del prelado y de la ciudad, que se encontraban en posición sumamente crítica. A pesar de todo, el arzobispo fué vencido por la orden en sangrienta batalla; el obispo de Dorpat se separó, en vista de esto, de la alianza y los daneses no aportaron los socorros ofrecidos. La ciudad, pues, vióse reducida á sus propios recursos, haciéndose su situación tanto más apurada, cuanto que los



Sello de majestad del arzobispo de Riga Juan II de Vechten (tamaño del original).

En el campo, dividido en rombos y adornado con rosetas, está el arzobispo sentado en un trono adornado con cabezas de sabuesos y cubierto con un tapiz dividido también en rombos y ornamentado con estrellas: con su mano izquierda sostiene el báculo y tiene la derecha levantada en ademán de dar la bendición. Inscrípion: IOH(ann)ES DEI GRA(tia) S(an)C(t)E RIGEN(sis) ECCL(esi)E ARCHIEP(iscopu)S TERCIVS †. — Grabado en cera encarnada, en una capa de cera verde, en un documento de 5 de febrero de 1294, en la Biblioteca pública de San Petersburgo.

hermanos de la orden consiguieron apoderarse de los castillos arzobispales de Treiden y Kokenhusen y hacer prisionero al arzobispo, que fué conducido á Fellin y allí encerrado en dura prisión. Además de esto construyéronse muy cerca de Riga nuevas fortificaciones y se intentó cortar la comunicación entre ésta y el mar, obstruyendo á este fin el Duna, para sitiársela por hambre.

En trance tan crítico, y llevada por su odio y por el sentimiento de la propia conservación, Riga concertó una alianza con los más peligrosos enemigos de la orden, los lituanos. Todos los hombres aptos empuñaron las armas; el fuerte de Neumuhlen, construido por la orden para dominar á la ciudad, fué destruido, y cuando en la Pentecostés de 1298 llegó el ejército de auxilio lituano, no solo se rompió la línea de sitio de la orden, sino que los territorios de ésta fueron devastados hasta más allá de Karkus. ¡Los antiguos enemigos de Livonia eran á la sazón aliados de Riga, que tantas veces se había puesto enfrente de ellos! Este solo hecho basta para demostrar el estado de exacerbación á que había llegado el antagonismo existente. La orden, que salió al en-

cuentro de las tropas de Riga y Lituania cargadas de botín, fué por éstas derrotada, pereciendo en la batalla el maestre Bruno; pero cuando hubo recibido los auxilios de Prusia trabó un segundo combate, en 29 de junio, de resultas del cual quedaron vencidos la ciudad y sus aliados paganos y se vieron éstos perseguidos hasta mas allá de las fronteras del país. Riga se encontró entonces sumamente apurada, pero los anseáticos, á pesar de las difíciles circunstancias por que se estaba atravesando, consiguieron celebrar en Lubek una dieta á la que concurren representantes de la órden y de la ciudad y de la que resultó la aceptacion de un armisticio hasta el 6 de diciembre de 1299. Al propio tiempo intervino en el asunto el papa Bonifacio, cuyos terminantes mandatos pudieron haber contribuido á que la órden consintiera en llegar á un arreglo con el arzobispo, el cual fué en su consecuencia puesto en libertad. De hecho se hizo el armisticio sin que se hubiese realizado la reconciliacion con Riga, que continuaba aliada con los lituanos. El arzobispo Juan, que para defender personalmente su causa se habia encaminado á Italia, falleció en Roma en 1300: su sucesor Isarn continuó el período de paz, y el sucesor de éste, Federico, supo en un principio contener la lucha. Entretanto la órden habia sabido aprovecharse de la situacion política, logrando firmar con los obispos de Dorpat y de Oesel y con los vasallos daneses una alianza ofensiva y defensiva que solo podia dirigirse contra Riga. Una decision en general favorable á Riga que por encargo del Papa habia dictado el arzobispo Isarn, no satisfizo á ninguna de las partes, de suerte que no se necesitaba mas que un pretexto cualquiera para que estallara de nuevo la lucha.

En virtud de un tratado del año 1263, el convento de Dunamunde estaba obligado á no vender su territorio ni inmueble alguno sin el consentimiento del consejo de la ciudad de Riga, disposicion cuya importancia se comprende con solo tener en cuenta la situacion del monasterio que dominaba la entrada del Duna. Mas adelante y despues de muchas negociaciones que terminaron provisionalmente en 1303, la órden compró en subasta, por la cantidad de 4,000 marcos, el dia de la Ascension del año 1305, todo el territorio de Dunamunde comprendido entre el Aa semigalo y el Aa traidene por un lado y el mar por otro, con mas el convento fortificado. La ciudad vió en esto una declaracion de guerra, y el mismo arzobispo, cuyos territorios estaban enclavados en el de Dunamunde y á espaldas del cual se habia realizado la enajenacion, se sintió profundamente ofendido. La indignacion subió de punto cuando la órden, haciendo de Dunamunde una encomienda, ensanchó su poderío de una manera altamente peligrosa para la ciudad y para el arzobispado.

Riga llamó de nuevo á su auxilio á los lituanos; el obispo volvió á visitar personalmente al Papa, y otra vez se vió Livonia devastada por la guerra. Luchábase con igual violencia con la espada y con la pluma, pues como la sede pontificia de Aviñon era la que debia resolver el asunto, los partidos procuraban disputarse recíprocamente el terreno por medio de escritos de acusacion que, mezclando lo verdadero con lo falso, hacian en extremo difícil adquirir una idea exacta de la verdad de los sucesos. La descarada venalidad de la corte pontificia era causa de que en ésta la opinion variara constantemente: un dia se rechazaba lo que se habia acordado en el anterior y en un instante se adoptaban las mas contradictorias disposiciones, pues lo que á la curia le interesaba era prolongar indefinidamente el negocio. Por fin, en junio de 1310 el Papa nombró un árbitro, pero todavia se pasaron dos años antes de que el auditor pontificio Francisco de Moliano llegara á Riga y formulara aquel inaudito interrogatorio que se conserva en el archivo de la órden, en Königsberg,

formando un rollo de pergamino de vara y media de ancho por cincuenta de largo, y eso que no contiene ni el principio ni el fin. Las materias para este interrogatorio fueron agrupadas en 230 capítulos de cargo con notoria parcialidad contra la órden, á la cual el juez trataba de antemano como condenada y de la cual en definitiva se exigia la devolucion de Dunamunde. Como es de suponer, negóse la órden á obedecer y fué excomulgada en toda forma. Por entonces falleció el papa Clemente V y quedó la sede pontificia vacante por espacio de dos años, durante cuyo período la excomunion apenas tuvo importancia práctica. El papa Juan XXII volvió con gran codicia á las exigencias de dinero que formulaba la curia con motivo de aquel proceso.

La órden, entretanto, de tal suerte habia robustecido su situacion política y militar por medio de alianzas con los demás estados de Livonia, que por mediacion de los obispos de Dorpat y de Oesel consiguió firmar con Riga una paz en virtud de la cual esta ciudad se comprometió á romper su alianza con los lituanos á cambio de la restitucion de sus antiguos derechos y libertades. Pero esta «paz eterna» fué turbada de la peor manera posible á consecuencia de la intervencion del Papa, el cual ordenó al maestre de la órden no solo que disolviera su alianza con los obispos y vasallos sino que restituyera á Dunamunde. Gerardo de Yorke, maestre en aquella época, estaba perfectamente convencido de que cumplir este mandato equivalia á abandonar pérfidamente los intereses de la órden: la disolucion de la alianza significaba aislamiento; la devolucion de Dunamunde valia tanto como renunciar á las conquistas de una lucha de veinte años.

Habiendo Riga renovado su alianza con los lituanos, estalló la lucha nuevamente. Ya hemos analizado en otro lugar detalladamente todos estos sucesos en cuanto puedan relacionarse con el desenvolvimiento de Livonia: la órden contestó á esta inteligencia de los de Riga con los lituanos pactando una alianza perpétua firmada en 28 de enero de 1323 con Nowgorod para auxiliarse recíprocamente contra Lituania. Así logró que Gedimin se encontrara dispuesto en 2 de octubre del propio año á firmar con los emisarios de los Estados livonios, que le habian sido enviados desde la dieta de Ermis, una paz que comprendia al arzobispo, á la ciudad de Riga, á la órden y al partido de ésta. A pesar de todo, subsistió la inteligencia secreta entre Riga y los lituanos; los reñidos procesos llevados ante la curia siguieron su curso y cada vez se fué marcando mas el antagonismo entre la ciudad y la órden, avivado en gran parte por la codicia mercantil. A esto vino á agregarse la supuesta intencion de Gedimin de abrazar el cristianismo, mentira que propalaron los enemigos de la órden y que fué explotada de una manera repulsiva en contra de ésta.

A fines de noviembre de 1324 ocurrió la primera invasion de los lituanos en el territorio de la órden y pocos meses despues el arzobispo de Riga lanzó la excomunion sobre la órden y puso en entredicho sus dominios, siendo esto causa de que las hostilidades siguieran su curso. Cuando la órden de Prusia estaba precisamente luchando con encarnizamiento contra Polonia, Lituania y Hungría, creyeron los de Riga llegada la ocasion propicia para reconquistar lo que en dias aciagos habian perdido. Una noche del verano de 1328 dirigieron contra Dunamunde y pegaron fuego á todas las casas que se extendian al pié de los muros del castillo. Anteriormente sus emisarios habian conseguido á fuerza de grandes promesas — la órden sostuvo despues que se habian obligado á entregar á los paganos los castillos arzobispales — que Gedimin se decidiera á invadir la Livonia.

Al frente de la órden se encontraba un hombre enérgico, el maestre Eberhardo de Munheim, el cual adoptando una

resolucion pronta se apoderó violentamente de los castillos enclavados muy cerca de la frontera; así es que cuando Gedimin se dirigió con su ejército al Duna encontró que todas las posiciones estaban perfectamente ocupadas por los hermanos de la órden. Los ciudadanos de Riga, á quienes cegado por la cólera pidió explicaciones, diéronle víveres y guias que lo condujeron á Karkus, donde sus tropas esperaron con impaciencia desde el 15 al 20 de setiembre para devastar «la magnífica parroquia de Helmet,» como se dice en el documento. Desde allí se dirigió á Paistel. «En la misma iglesia pasó dos noches el rey de los infieles con dos de sus hermanos, y dió el pienso á sus caballos. Y lo mas pecaminoso fué que cometieron innumerables maldades delante del sacramento de la Eucaristía, rompiendo y estropeando cálices, libros, todos los adornos del templo, preciosos ventanales y magníficos órganos.» Por último pegaron fuego á la iglesia y acamparon en Tarwast, donde cometieron iguales excesos.

El maestre Eberhardo hizo ciertamente cuanto pudo para atajar el paso al enemigo, que se retiraba, pero con la precipitacion no pudo reunir tropas suficientes y Gedimin pudo marcharse tranquilamente con el fruto de su rapiña.

Terrible fué el castigo que sufrió entonces Riga.

Eberhardo de Munheim avanzó con todo su ejército hasta la ciudad, que fué sitiada por todos lados. Una incursion de los lituanos en Curlandia, donde incendiaron los arrabales de Pilten sin lograr apoderarse del castillo, no fué bastante para que el maestre levantara el sitio, que duró seis meses. La miseria llegó en Riga á un extremo tal, que muchos de sus habitantes perecieron de hambre, y el maestre, que no podia presenciar impasible tanta desgracia, hizo que un hermano de la órden avanzara hasta la ciudad y dijera á aquella pobre gente que se les permitiera salir á buscar pan donde pudieran encontrarlo. Esto se repitió cinco veces, pero en 18 de marzo de 1330 la miseria se habia agravado de tal suerte que el consejo y los ciudadanos mas ilustres no pudieron menos de convencerse de que el único recurso que les quedaba era someterse á la órden. El burgomaestre Enrique Meye, que era el que llevaba la palabra, abrió la sesion diciendo: «Nobles señores y hombres prudentes: todos os habeis reunido, clérigos y seglares, para consolarnos mutuamente en la afliccion que nos oprime;» pero no pudo seguir hablando, pues sus sollozos ahogaron su voz. Entonces habló por él el segundo burgomaestre, Juan de Fellin: «Nos encontramos, como ha dicho Enrique Meye, profundamente afligidos: todos nuestros amigos nos han abandonado. No creais, sin embargo, que haya habido negligencia en la manera de hacer la guerra. En medio de nuestra afliccion, hemos escrito al Papa y á los cardenales pidiéndoles consejo y ayuda, y hemos contado mas de una vez nuestras penas á las ciudades marítimas y á los señores y ciudades del interior. Ninguno, sin embargo, nos ha enviado un consuelo ni con palabras ni con hechos. Ya veis que en la ciudad no hay víveres; los almacenes de provisiones están vacíos y las mas minuciosas pesquisas hechas de casa en casa nos han convencido de que nada tenian tampoco los particulares. Para alimentar á toda la ciudad solo hay, Dios es de ello testigo, tres lastas y media de harina (14,000 libras); á muchos el hambre les ha obligado á huir de la ciudad; otros, como sabeis, han perecido; y finalmente, es de temer que la lucha estalle abiertamente dentro de la ciudad y que nos destruyamos mutuamente. Para no ocultaros nada, os diré que varias veces hemos intentado entrar en negociaciones con el maestre, pero no han hecho mas que persuadirnos de que no nos queda mas remedio que firmar un tratado intolérable de todo punto.» Despues de esto, conjuró á todos los presentes á que si alguno ocultaba víveres los entregara para

el bien de la ciudad. Cuando se vió claramente que no habia nada, Juan de Fellin con las lágrimas en los ojos les preguntó qué era lo que en tal apuro habia que hacer, á cuya pregunta contestaron, como ya antes lo habia hecho toda la plebe, que los burgomaestres pusieran cuanto antes término á aquella situacion y que todos cumplirian y mantendrian lo que ellos conviniesen con el maestre.

Para dar mayor fuerza al acuerdo, extendióse un acta notarial de la sesion, acta que firmaron todos los presentes y á la cual debemos los anteriores datos.

En su consecuencia, la ciudad de Riga se entregó á discrecion en 20 de marzo de 1330.

El consejo y el pueblo de la ciudad se avistaron en la colina del Molino con el maestre y los hermanos de la órden: los ciudadanos se sometieron y entregaron su ciudad á Dios, á la Santa Virgen María y á la bondad del maestre y de los hermanos, con todos sus bienes y libertades, conservando tan solo el cuerpo y la vida.

En 23 de marzo la ciudad entregó á la órden la llamada «carta desnudante,» ó sea de su sumision absoluta, y el dia 30 del propio mes formuló el maestre en la «carta expiatoria» las pretensiones de antemano presentadas: la ciudad le rendiria homenaje y le cederia un sitio dentro de su recinto para que la órden construyera un castillo. Además, se comprometiera á pagarle la mitad de todas las costas procesales, rompería la alianza con Lituania y se obligaria á ayudar á la órden, así en la ofensiva como en la defensiva, con un contingente, aun cuando fuera para ir contra el arzobispo.

El dia 15 de junio el maestre Eberhardo puso la primera piedra del nuevo castillo de la órden y dos años despues, en 8 de mayo de 1332, el emperador Luis de Baviera sancionó el tratado de sumision con la adiccion expresa de que á la órden correspondia la soberanía de la ciudad, de sus habitantes y de sus territorios.

De esta suerte consiguió la órden un fin que hacia mucho tiempo venia persiguiendo: si lograba, como lo habia logrado en Curlandia, desposeer á los señores espirituales de su posicion temporal, su poder en Livonia llegaria á su grado máximo.

CAPITULO VI

VIDA POLÍTICA

La época de aquella encarnizada lucha entre la órden y Riga fué en extremo trascendental, especialmente porque durante aquella lucha de mas de treinta años las formas políticas alcanzaron su completo desarrollo.

Es imposible entender el curso de la historia livonia si antes no se tiene un conocimiento claro de las relaciones constitucionales tales como se fueron gradualmente desenvolviendo sobre la base del derecho feudal (1). Para esto debemos, ante todo, notar la diferencia esencial que existe entre Livonia y Alemania. En Livonia ó «en las Livonias,» como se decia, no existió nunca una poblacion alemana sierva ni siquiera semi-libre. Los alemanes livonios eran todos iguales entre sí, pues la aptitud para empuñar las armas era la única condicion que se imponia para poseer un feudo, no exigiéndose allí, como en Alemania, la prueba de ser de ilustre prosapia: el ciudadano apto para el servicio militar podia llegar á ser vasallo de un señor feudal de la misma manera

(1) Aun cuando en esta ojeada sobre la historia livonia nos abstengamos de toda cita, no podemos menos de mencionar el excelente libro de Carlos Schilling: *Los principios de derecho feudal y de derecho hereditario del Derecho de Waldemaro Ericson*, Mitau en Steffenhagen, s. a., que es indudablemente la mejor obra que poseemos en punto á historia jurídica de Livonia.